

CÓMO PUEDE UN JOVEN VIVIR BIEN SU VIDA

*de Italo Castellani, Obispo de Faenza-Modigliana
Presidente de la Comisión Episcopal para el Clero y la Vida Consagrada*

(Tradujo del original italiano Alonso Morata)

Nuestra asamblea ha acogido la palabra de Dios de un modo significativo, o sea pasándola de mano en mano, y podríamos decir pasándola de corazón en corazón, desde un animador vocacional a un padre a un joven. Es un gesto litúrgico simple pero de gran significado educativo, subrayado también por los pasajes de la primera carta de Juan que han expresado bien el contenido, o sea la palabra de vida, que debe estar en el corazón de cada educador en la fe para poder ser animador de la fe. Escuchemos de nuevo estos pasajes de la primera carta de Juan y acogiéndolos personalmente con el sentido de responsabilidad al que hemos sido llamados poco antes en el texto de nuestro Obispo, Comunicar el Evangelio en un mundo que cambia.

“Lo que hemos oído, visto, contemplado, tocado...” esto, queridísimos hermanos y hermanas, es el secreto del animador vocacional para anunciar la vida eterna. Esto, hermanos y hermanas, es el secreto que nos ha sido donado, en el que creemos. Y estamos aquí reunidos para reafirmarnos en esto.

“Vosotros, padres, que habéis conocido...” esto es vosotros, papá y mamá que habéis amado sobre cualquier otra cosa a Aquel que es el principio y el fin. Este sí es el secreto de todo animador, es el secreto de los padres, para poder anunciar la vocación en el amor, fundamento y alma, espíritu de cualquier vocación personal a cualquier estado de vida, don de Dios en la Iglesia y en el servicio de la Iglesia.

“¿Cómo puede un joven –he tomado esta traducción en el salmo que acabamos de rezar– vivir bien su vida?” Se preguntaba, precisamente, el salmista, como parafraseando nuestros interrogantes de hoy, interrogantes que nos hacíamos en la oración, en el diálogo, en la reflexión entre nosotros, en nuestra búsqueda. “¿Cómo puede un joven vivir bien su vida?”, o bien, cómo inicia a nuestros adolescentes, a nuestras adolescentes, a nuestros jóvenes y nuestras jóvenes en la vida como respuesta a una vocación, porque esto significa propiamente cómo ayudar, sostener a un joven a vivir su vida. El salmista ha dado esta respuesta que nos es muy querida: “Guardando tus palabras” que son

palabras de vida, ¿cómo puede un adolescente, una joven, un joven, crecer armónicamente, en sabiduría, edad y gracia, ante Dios y los hombres? Porque éste es el servicio de una auténtica pastoral juvenil, que es, precisamente pastoral vocacional, abierta a la dimensión vocacional. Además cómo puede un joven madurar y discernir la propia vocación, don de Dios

El evangelio, según hemos meditado y encontrado constantemente en este periodo de navidad, nos presenta a María. En ella veo representados a todos los educadores en la fe, en ella nos reunimos, nos unimos en este único denominador que nos hace animadores vocacionales. María que con José pone en Jesús un interrogante que expresa bien la ardua participación de un educador, nuestra participación, en la maduración en la fe de nuestros jóvenes. He aquí la pregunta que resume también nuestras propias preguntas –quisiera que fuesen preguntas dichas con el mismo amor, con la misma fe en el Hijo de Dios que tiene María–: “¿Hijo, por qué nos has hecho esto?”, “¿Por qué nos has tratado de esta manera?”. En el mismo tiempo testimoniar el secreto del educador en la fe, del animador vocacional, atendida a la respuesta, una respuesta de vida que María nos propone: “Su madre, María, guardaba todas estas cosas en su corazón”. Yo creo que aquel secreto, digno de los educadores en la fe, de los animadores vocacionales, de nosotros que estamos al servicio de la vocación, del crecimiento en el amor de nuestros jóvenes, en fin hasta yo creo que debería ser el motivo de fondo de la reflexión, de la búsqueda de estos jóvenes. Mientras nosotros, padres y sacerdotes, consagrados, consagradas, animadores de grupos juveniles, nos interrogamos sobre cómo favorecer una coordinación mayor entre la pastoral, juvenil, familiar y vocacional –éste es el tema de estas jornadas– nos confirmamos, con el

ejemplo de María, ante todo de nuestra autenticidad vocacional. La autenticidad vocacional es el testimonio de María, de su fe. No indagemos más, padres, sacerdotes, animadores de grupos juveniles, porque es una tentación, quizás también un necesario desfogue, alguna vez... apoyémonos sólo un poco en los análisis hechos sobre la situación de nuestros jóvenes, hoy, o en actitudes remisivas o de impotencia frente a su éxodo de nuestras comunidades, tras el paso por la iniciación cristiana. Más que adoptar actitudes de repliegue, más que encontrarnos en un repliegue incómodo frente a sus lenguajes, que nos damos cuenta de que a veces no son nuestros lenguajes, es el momento justo, y nos ayudarán estas jornadas, para remangarnos las mangas con alegría y confianza en el Señor.

Siempre me pregunto: ¿acaso no son, estos jovencitos, jovencitas, adolescentes, estos jóvenes, ante todo tus hijos? Mientras nos remangamos las mangas con confianza en el Señor, comenzamos ante todo a rogar incesantemente, sobre todo cuando surge alguna dificultad, por cada uno de los chicos que Dios nos confía. No tengáis miedo por estar inquietos con todas las atenciones y delicadezas posibles. Testimoniando silenciosamente, en la fatiga de la oración silenciosa, en el corazón, con un testimonio sin ostentación alguna de nuestra experiencia de Jesucristo, de fidelidad y pureza cotidiana a su Evangelio, caminando y predicando con mucho amor e infinita paciencia. Yo ruego siempre por esto. Pero ¿no han hecho así quizás tantos educadores como Dios ha puesto en nuestro camino vocacional para encontrarlo, tantas personas como Dios pone incluso hoy en nuestro camino? En este caso, estoy seguro de que la oración que vivimos juntos en estas jornadas de gracia –porque los Congresos Nacionales de Vocaciones han sido y son siempre un momento fuerte, de oración

comunitaria y personal— y la reflexión que nos llevará a preguntarnos sobre cómo comunicar a las familias y a los jóvenes el Evangelio de la vocación en un mundo que cambia, y sobre todo —porque éste es el interrogante que están en nuestro corazón— por qué y cómo trabajar unidos,... todo esto nos llevará en nuestras familias, en nuestras comunidades cristianas, a testimonios gozosos y auténticos de nuestra vocación. Digo testimonios gozosos porque ayer por la tarde, escuchando a un joven de Chiapas, al final de una marcha-vigilia de oración por la paz, en mi catedral, me impresionó que este joven, quizás por la impresión que ha tenido al venir a Italia, nos invitase a crear una primavera de paz ante todo aprendiendo a relacionarnos con la

sonrisa. Creo que deberíamos volver a sonreír, pero con sentimientos profundos de amor y de fe que ya la palabra de Dios nos ha confiado... es por tanto en ese espíritu en el que volveremos —y este es el servicio más grande— testimonios gozosos y auténticos de nuestra vocación en nuestra Iglesia local, en nuestra comunidad parroquial, en nuestras comunidades parroquiales, en la realidad en la que cada uno vive y actúa.

Un gracias a los responsables de CNV, a los relatores, así como al programa que nos mantiene en este servicio de búsqueda y de reflexión: es un gracias recíproco, por ese intercambio fraterno que es seguramente don del Espíritu, y que tendremos el uno con el otro.